

Capítulo 4 - La Tierra de Caminos Rotos

— Fue la sangre. Es una maldición — dijo Antelmu, manteniéndose rígido, con los ojos muy abiertos, buscando con la vista la próxima amenaza.

— No es una maldición, y no fue la sangre — respondió Dirt. — Solo hice allí lo mismo que hice en la pared.

— ¿Esa pared? — preguntó Antelmu, señalando.

Dirt frunció el ceño hacia él. El chico mayor estaba completamente equivocado, por supuesto, pero dado que Dirt no tenía idea de qué había ocurrido exactamente, no era una discusión que pudiera ganar.

Biandina dijo, — Quizá deberíamos conseguir algo de agua y lavar la sangre. Arruinar esos dibujos. Creo que ya no podemos hacer nada con la pared, pero, bueno...

— Eso sería una pérdida de tiempo — dijo Dirt. — Pero no te voy a detener si eso te hace sentir mejor.

— A veces eres muy arrogante para tener solo ocho años, ¿lo sabes, Dirt? — dijo Biandina.

Él la miró de reojo. Ella no estaba realmente molesta; más bien, estaba preocupada, asustada y completamente perdida. Él conocía ese sentimiento.

Dirt pensó en cómo abordar mejor esto, lo que le hizo extrañar a Socks. Entre ellos, nunca hubo confusión ni malentendidos. ¿Quizá Biandina debería aprender a leer mentes después de todo?

El silencio se llenó rápidamente de temor, mientras cada uno escuchaba en busca de risas adicionales. ¿No serían fantasmas? No a la luz del día, bajo la luz del sol. A ellos no les gustaba la claridad.

Biandina habló de prisa, casi como si intentara encontrar algo que decir después de haber hablado, no antes. — La magia está tallada justo en el ladrillo ahora, así que no será fácil arreglarla. No te pediré que intentes... pulirla para que desaparezca. Y sé que la pusiste para que brille, y vi la luz. Sé que por eso lo hiciste. Pero tal vez eso no es todo lo que hiciste. Al menos, intencionadamente.

Dirt estuvo a punto de negarlo otra vez, porque parecía absurdo; pero entonces recordó qué había pasado cuando arregló la estatua de la diosa. A eso le llamaba El Ojo, aunque esta no era esa misma cosa. Pero, ¿podía asegurarse de que no era algo similar?

Dirigió su atención a su visión mental y buscó seres vivos, especialmente aquellos a punto de estar moribundos. Incluso algo diminuto. Pero no encontró nada fuera de lo común. Halló casi nada en absoluto. Solo los pensamientos de Antelmu y Biandina, claramente preocupados. Algunos ratones tímidos, probablemente bastante cercanos. Un ave depredadora de algún tipo. Dirt alzó la vista y la vio deslizarse hasta posarse en una de las ventanas del torreón superior.

— ¿Y ahora qué? — preguntó Antelmu, también incómodo en el silencio. — ¿Podemos quedarnos allí o debemos buscar otro lugar?

— Primero, vamos a lavar esa sangre — dijo Biandina. — Y tú vas a ayudar — agregó, señalando firmemente a Dirt.

— Está bien. ¿Con qué vamos a limpiar? ¿Con agua y qué más?

Ella se quedó quieta, pero solo por un momento. Luego, como si ese hubiera sido el plan desde el principio, dijo: — Solo vamos a cubrirla poniendo tierra encima.

— Sin embargo, el suelo todavía está helado — dijo Dirt.

— Pensé que se suponía que debías ser fuerte. Descúbrelo — dijo Biandina.

— No seas mala — dijo Antelmu.

Ella lo miró con rabia, pero se calmó antes de perder el control. — No soy mala. Dirt, ¿estás de acuerdo en que yo mando, verdad? Entonces, solo hazlo, por favor — dijo, con sus ojos en una expresión entre autoridad y súplica.

Tenía razón—él había aceptado. ¿Y qué podría hacerle daño? Mejor sería animarla un poco. Asintió con determinación y dijo, “Podemos encontrar una solución.”

Cubrir las marcas de sangre en toda la cancha pavimentada resultó más difícil de lo que ellos esperaban. La tierra estaba efectivamente helada, y la arena fina y arenosa con la que intentaron cubrir los dibujos solo los ensuciaba, sin lograr ocultarlos. Al final, recurrieron a simplemente echar una buena cantidad de nieve por encima y enterrarlos así, aunque eso requirió bastante nieve, y los tres centímetros de polvo delgado que quedaron se estaban derritiendo en un lodoso y blando centímetro a medida que el sol subía más alto.

Mientras trabajaban, los tres vigilaban con atención la pila gris a lo lejos, como si esperaran algún movimiento. Además, llenaban el ambiente con charlas insustanciales o canturreo nervioso, incómodos en cuanto el silencio se hacía demasiado pesado. La tierra también vigilaba por mentes, a pesar de que eso lo distrajera del mundo físico, pero nada se acercaba a lo que no debía estar allí.

Aún así, el trabajo parecía interminable. El ánimo con el que empezaron no era el mismo que los recibía al acabar. Biandina dijo, “Gracias,” aunque no hacía falta. Dirt podía ver claramente que ella se sentía aliviada. No del todo; mantenía un aire de cautela. Pero haber hecho algo y dejar pasar el tiempo, por inútil que fuera, había sido de ayuda.

Antelmu, por su parte, se había vuelto más amargado a medida que avanzaba el trabajo, pisoteando y murmurando que sus manos temblaban de frío y respondiendo con respuestas breves y secas. Pero Dirt se había asomado a la mente del muchacho para entender qué le pasaba, y su irritabilidad era producto del simple hambre.

Regresaron rápidamente a la torre y disimularon su incertidumbre al volver a entrar. Nada sucedió al cruzar la puerta. Nadie se rió de manera extraña.

Dirt se dirigió directamente hacia el ciervo y comió un poco del hígado. Antelmu y Biandina no querían nada crudo, por hambrientos que estuvieran, y tuvieron que subir hasta el último piso—los provisiones estaban en la habitación nueva del séptimo.

Bajaron a buscarlo antes de lo que esperaba, antes de poder comprobar otra vez el encantamiento que había sido alterado. Antelmu todavía masticaba. Biandina dijo, “Bien, ya llegaste,” aunque ella sabía que eso era verdad. “¿Alguna vez has oído hablar de secar carne?”

“¿Es diferente de cocinar?”

Antelmu respondió, “¿Sabes la carne que hemos estado comiendo? Está seca, no cocida. Es diferente. Dura más tiempo.” El oscuro cuello de pelaje que llevaba parecía brillante y goteaba agua, lo que indicó a Dirt que había metido la cabeza en el lavatorio. Probablemente también le habían dado un buen golpe; a Biandina eso le desagradaba. Solo Socks podía beber como un lobo.

“Lo primero que debemos hacer es cortar toda la carne en tiras finas. Antelmu puede hacerlo. Es un trabajo que requiere dos manos,” dijo ella, señalando la cuchilla de Dirt.

Dirt se la pasó al muchacho mayor y se acercó para observar. Primero, Antelmu cortó toda la piel de una sola pieza en uniendo entero. Biandina ya había empezado a limpiar la carne cuando la sacó, lo cual le hizo pensar que su afirmación de que eso requería dos manos no era del todo cierta.

Antelmu colocó la piel sobre la ventana donde antes había estado el ciervo y empezó a preparar la carne, cortándola en tiras finas, del tamaño de dos dedos, como las provisiones que habían traído. Trabajaba con destreza, comentando, “Esta cuchilla hace que todo sea mucho más fácil.” Pero incluso con la antigua hoja, Dirt podía notar que el muchacho tenía mucha práctica. Sus movimientos no mostraban duda alguna.

Biandina apiló la carne seca sobre un paño que había traído para tal fin, irritada por la sangre que aún goteaba en él. Colgar el cadáver sobre el alféizar de la ventana para que drenara no pareció haber sido suficiente al fin. La pila creció más de lo que Dirt esperaba, juzgando por la menor apariencia de la carne cuando aún estaba en el animal.

Una vez terminado aquello, Biandina manifestó, “No tenemos nada para lavar los huesos, pero haz lo posible por rasparlos y colocarlos para que se sequen. Excepto los huesos de las piernas; esos los necesito. Después, debemos desprender la carne de esa piel.”

“¿Vamos a curtirla?” preguntó Antelmu.

“Parece que Socks estará fuera unos días, así que podremos intentarlo. Tenemos los cerebros y la grasa. Al menos, podemos secarla.”

“¿Dónde vas a poner el fuego para secar la carne?” preguntó Antelmu.

“Afueras,” respondió Biandina.

“No, hagámoslo arriba, donde se mantendrá la habitación cálida.”

“La habitación que elegimos no es lo suficientemente grande.”

“Entonces, podemos escoger otra más espaciosa.”

“¿Podemos simplemente hacer lo que digo, por favor?” pidió Biandina.

“Cuando dejes de decir cosas tontas,” replicó Antelmu, “¿Por qué desperdiciar toda esa calor? Tengo frío.”

“No quiero que el fuego debilite el suelo. Es madera muy, muy vieja debajo, ¿recuerdas? ¿Y si se reduce a cenizas, se carboniza y colapsa justo debajo de nosotros?” afirmó con serenidad.

“Oh,” dijo Antelmu. Sus ojos se perdieron en la distancia mientras pensaba en eso. Dirt sospechaba que ninguno de los dos tenía suficiente experiencia con la madera para saber qué hacer, y en realidad, tampoco él. La mayor parte de su experiencia con la madera involucraba conversaciones.

Dirt comentó, “No sé mucho del suelo, pero sé que si dejamos la carne afuera, los depredadores olfatearán y vendrán por ella. Apuesto a que aparecerán de todas formas, con toda esta sangre. Y las entrañas. ¿Qué vas a hacer con ellas?”

Biandina respondió, “No había pensado en los depredadores. Lo último que queremos es una manada de ragnuli.”

“Si quieres fuego para cocinar, ¿por qué no hacerlo aquí, donde ya está la carne? Dudo que haya madera debajo del primer piso. Así, si algo se acerca, al menos ya estaremos dentro,” sugirió Dirt.

La chica mayor le dirigió una mirada cansada, pero asintió. “Está bien. Así nos mantenemos juntas también. Muy bien, Dirt, ayúdame a conseguir algo de carbón.”

Dirt y Biandina subieron escalera tras escalera, todas lo suficientemente anchas para que Socks pudiera subir. No eran altas, pero Dirt no entendía por qué las hacían tan anchas. Eso hacía que el edificio pareciera aún más vacío de lo que ya era. Tanta espacio sin usar, y ninguna belleza o atractivo en él, solo una escalera realmente ancha. La uniformidad de los ladrillos de tono marrón claro transmitía una sensación de frialdad que le resultaba algo inquietante. Quizá sería diferente con adornos, como solían tener las viviendas humanas. De lo contrario, no podía imaginarse a nadie viviendo allí mucho tiempo.

En el preciso instante en que abrieron la bolsa para tomar carbón, Antelmu gritó, en la distancia. Su chillido agudo resonó débilmente por los pasillos y atravesó la ventana. Gritó una y otra vez, cada vez que podía respirar.

Dirt gritó, saltando por la ventana, llenando sus huesos de mana y esperando que fuera suficiente. Tocó suelo antes de poder contar hasta tres y cayó con fuerza, con tanta intensidad que le temblaron los huesos a pesar del mana, pero estaba bien. Corrió rápidamente hacia la ventana ensangrentada donde estaba Antelmu y no vio nada extraño afuera. Saltó preparado para luchar y encontró a Antelmu sentado en la esquina, sosteniendo el cuchillo con ambas manos, con los ojos abiertos de par en par en shock y horror.

No había nada más aquí. La piel de ciervo yacía allí, y el esqueleto despiezado, en su mayor parte intacto, se encontraba bajo la ventana. La sangre estaba esparcida por todas partes, pero eso era de esperarse.

“E-eso hablé,” tartamudeó Antelmu. Parecía tan rígido que le costaba hablar.

Dirt observó el esqueleto de ciervo y no encontró nada interesante en él. Nada en absoluto. Luego buscó mentes y captó un destello de algo extraño. Una mente lejana que se retiraba más allá de su vista, con una sensación diferente a cualquier otra que hubiera experimentado. Ni medio muerta, ni vacía. Simplemente extraña. Qué tan extraña, no tuvo tiempo suficiente para determinar. O por qué. Lo único que percibió fue una sensación de diversión, y luego desapareció.

Frunció el ceño. “¿Qué dijo?”

“E-eso dijo que era... c... c...”

Dirt miró su mente y encontró al chico en un estado de aturdimiento. Tenía una línea de pensamiento clara, pero no lograba convertirla en conciencia plena ni controlar su cuerpo. Despierto, pero sin dominio de sí mismo. El terror lo había sacudido por completo, dejándolo sin cordura. Miraba fijamente el cráneo de ciervo, esperando que volviera a moverse y con todas sus fuerzas, deseando que no.

“Lo puse sobre el... el eh...” dijo Antelmu.

Dirt se arrodilló e intentó que el chico le mirara a los ojos. Antelmu se inclinó de un lado para seguir mirando el esqueleto.

“¡Antelmu!” gritó Biandina, débilmente. Parecía que aún no había llegado completamente.

Dirt agitó una mano frente a los ojos de Antelmu y el temor del niño comenzó a quebrarse. Le envió ráfagas mentales de calma y seguridad. Solo pequeñas, para no abrumarlo ni hacer que se diera cuenta. Solo lo suficiente para que pensara que era él mismo. Una ráfaga de valor.

“¡Hoo, vaya!” exhaló Antelmu. “Nunca había estado tan asustado. Uy...”

Saltó de un salto, intentó entregarle la daga a Dirt, pero la soltó por sus dedos rígidos y temblorosos. Corrió hacia la ventana y vomitó ruidosamente, casi cayendo hacia afuera antes de que Dirt le agarrara el cinturón. El agua y la carne seca que había ingerido salpicaron ruidosamente en el suelo y Dirt decidió que ya no quería las entrañas, después de todo.

Antelmu seguía inclinándose por la ventana, con el cuerpo completamente rígido en sacudidas, mientras su estómago expulsaba todo lo que contenía, cuando Biandina irrumpió finalmente en la habitación. Sostenía un trozo de carbón en la mano, levantado y listo para golpear algo.

"¡Antelmu!" gritó.

"Está bien," dijo Dirt. "Solo tuvo un pequeño susto. Bueno, un gran susto. Un susto enorme, en realidad. Pero está bien."

"¿Qué pasó?" gritó ella nuevamente, mientras se acercaba a la ventana y lo jalaba de regreso al interior. Afortunadamente, ya había terminado de vomitar cuando ella llegó. Empujó el esqueleto de ciervo para que no tropezara con él y lo llevó a un lugar limpio donde sentarse.

Antelmu cayó como una bolsa vacía y exhaló con alivio. "Vaya, eso me dejó agotado." Forzó una risita.

Dirt esbozó una sonrisa amistosa, pero Biandina insistió, repitiendo: "¿Qué sucedió?"

"Espera, déjame enjuagarme la boca primero," dijo. Se levantó con pasos vacilantes y salió de la habitación con una actitud decidida. Dirt y Biandina lo siguieron, saliendo de la torre y caminando hacia una especie de campo cercano, donde la nieve no había sido tocada. Con ella, se lavó la cara y comió un poco para limpiar su boca.

Biandina le dirigió una expresión de impaciencia, y él finalmente cedió. "Colgué el esqueleto de ciervo sobre la ventana para poder limpiarlo con más facilidad, y la mitad delantera cobró vida. Giró la cabeza, me miró y dijo: 'Ponte mi piel de nuevo, tengo frío'."

La tierra le envió al muchacho un renovado impulso de confianza mental, y esto le ayudó. Antelmu miró hacia la torre y tragó saliva con nerviosismo, pero decidió volver a entrar.

"¿Qué quieres decir con que cobró vida?", preguntó Biandina.

"Es decir, giró y me miró. Incluso movió el ojo que aún tiene. Las patas delanteras empujaron contra la pared, giró la cabeza y dijo lo mismo que yo", explicó. El muchacho mayor se inclinó ligeramente y exclamó, "Vaya".

Se arrodilló y vomitó de nuevo mientras Dirt y Biandina permanecían allí, inútiles. El pobre Antelmu se retorció continuamente, incluso después de vaciar su estómago y no quedarle nada por expulsar.

"¡Nunca había sentido tanto miedo en mi vida!", susurró frágil. Biandina lo ayudó a ponerse de pie.

"Yo he sentido tanto miedo que me oriné, pero nunca tanto como para vomitar", dijo Dirt. "Y yo he visto un esqueleto en movimiento antes. Aunque el mío intentó matarme".

Antelmu enjuagó su boca una vez más y se levantó. Biandina intentó tomar su brazo para ayudarlo a caminar, pero él se apartó. "Estoy bien. Creo que ya se me pasó".

Dirt miró nuevamente en busca de mentes, solo para comprobar si aquella entidad había regresado para ver los frutos de su broma. Y para su sorpresa, encontró una. Una grande, del tamaño de un humano, lo suficientemente cerca como para estar de pie justo a su lado.

Hizo lo posible por no dar indicios, opting instead por observarla con cautela para descubrir qué era. Aún así, inhaló mana por si tenía que darle un golpe. Desearía no haber dejado su cuchillo en el suelo.

No era solo una. Había otras, al menos tres, un poco más alejadas. O más difusas, al menos. Mientras escudriñaba sus mentes, reconoció la misma extrañeza de antes. Estaba seguro de que eran las mismas criaturas. Y, como antes, se divertían. Rían, incluso. Se estaban comunicando, pero no emitían sonido alguno. Era como si cada uno de ellos estuviera soñando y despierto al mismo tiempo. Sus mentes parecían sacadas de un sueño. ¿Sueños vivientes? ¿Observando el mundo despierto?

La más cercana caminaba junto a Biandina. No, caminar era una palabra equivocada. Era como si estuviera danzando. Pero la mente era toda su presencia—sin movimiento ni sonido. Ni siquiera agitaba el aire cuando se desplazaba.

Dirt concentró una chispa de mana y, de repente, saltó para dar un golpe con su puño. Pasó a través del aire vacío, justo donde la criatura debería haber estado, según su perspectiva visual. La criatura se rió, y las otras se unieron, solo cuando Biandina y Antelmu se congelaron, Dirt comprendió que aquel riso era audible.

Los sonidos se retiraron hacia la colina gris a lo lejos, y las mentes se desvanecieron y desaparecieron.

"Bien, ¿recuerdas cómo te dije que sería mala idea averiguar qué es esa cosa de la colina gris?", comentó Dirt señalando el montículo. "De todas formas, lo haré. Algo allí está jugando con nosotros. No me acercaré mucho, pero tengo que ir a ver".

"Voy a ir contigo", dijo Biandina. "Antelmu, vuelve y espera en el—"

"Yo también voy", afirmó él. "Ahora me siento mejor".

¡Tú no lo eres! Observa, ¡estás temblando!

—¡No lo estoy! — protestó, pero al mirar sus dedos, éstos temblaban. —No me hagas volver solo — dijo en voz baja.

—Entonces ven. De todos modos, no nos vamos a acercar mucho. Solo lo suficiente para ver qué es — dijo Dirt. En su mente empezó a calcular el paisaje, buscando lugares donde poder hacer una resistencia que diera tiempo a los niños para escapar. Realmente no había ninguno. Era una mala idea. Pero él tampoco podía abandonar a los otros dos ni dejarse estar a merced de esas criaturas.

Caminaron con los ojos muy abiertos y los oídos atentos a cualquier sonido. Fue un largo trayecto—varios miles de pasos—y Antelmu dejó de temblar mucho antes de llegar. La extraña colina gris se revelaba lentamente, y apenas había nada que ver. Solo un montón de algo gris en un montículo sin rasgos, tan alto como Socks a la altura del hombro. El suelo sin nieve alrededor era lo único que hacía que destacara un poco.

A medio camino, Dirt vio una flor, una pequeña flor roja, creciendo en la nieve justo al lado del camino. Luego otra, y de repente había docenas. Pero muy pronto, desaparecieron. A una docena de pasos más adelante, apareció un enorme agujero en el suelo, justo donde Biandina estaba a punto de pisar. Él le agarró la camiseta y la desestabilizó para detenerla, pero ya era demasiado tarde y su pie tocó el aire vacío. Aunque, en realidad, no lo estaba. El agujero desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—¿Qué? — dijo ella, girándose para mirarlo con recelo. —No hagas eso.

—¿No viste el agujero? — preguntó Dirt.

—¿Qué agujero? — dijo ella.

—No importa — dijo Dirt.

—Yo tampoco lo vi — agregó Antelmu.

Las visiones alteraban el paisaje mientras caminaban, y a veces los otros niños lo notaban antes que Dirt. En ocasiones, veían cosas distintas al mismo tiempo, o lo que veían variaba en diversos instantes. Una vez, la nieve se transformó en césped. En otra, la carretera se llenó de serpientes. Algo tiró del cabello de Dirt con fuerza, tanto que le hizo daño, y él agitó el aire vacío con el brazo. Los pensamientos misteriosos estaban a su alrededor ahora, pero su número iba y venía. A veces eran tres, otras cuatro, o incluso siete o nueve.

Biandina y Antelmu luchaban por mantenerse cuerda. Solo el pensamiento de que tendrían que huir solos los impulsaba a seguir adelante. Caminaron de la mano, tan pegados que sus hombros se tocaron. Dirt caminaba a su lado, preocupado de que si tomaba la delantera, algo sucedería y no podría verlo todo.

La colina sin rasgos se mantuvo inalterable, pero el paisaje a su alrededor no. Algunas de las transformaciones eran permanentes, como mechones de hierba verde que permanecían aún después de ser pisados. La mayoría, no. Sin embargo, nada los dañaba, y Dirt empezaba a convencerse cada vez más de que esas criaturas de ensueño, si es que así podían llamarse, no podían causar daño durante el día. O quizás aún no lo habían intentado.

Continuaban acercándose, mucho más de lo que Dirt había previsto. Pero los trucos y mentiras constantes, y los pellizcos que recibían, hacían que dar la vuelta sin respuestas fuera cada vez más inaceptable.

A unos cincuenta pasos, Antelmu fue el primero en llegar al conjunto que rodeaba la colina: un círculo alternado de hongos y flores púrpuras. Señaló, y Biandina también lo vio.

—Oh, no — susurró ella.

—¿Qué? — preguntó Dirt.

—Creo que es un anillo de hadas — dijo ella.

Una voz susurró en el oído de Dirt, tan cerca que sintió sus labios: —Ven, dulce criatura, ven a saludarnos. Recoge delicias y maravillas, amigos justos y miel que ofrecemos, además de oro y diversión. Ven, ven, ven, querido más joven. Tu amigo Socks está aquí con nosotros y te invita a venir.

“¡No te muevas!” gritó Biandina. “¡Es todo mentira!”

“¿Escuchaste ese susurro?” preguntó Dirt. El aire turbulento a su alrededor le provocaba mareo, como si se estuviera hundiendo en un suave ensueño. Sacudió la cabeza para despejarse.

“Tengo hambre y su robó mi caballo,” dijo Antelmu. Había anhelo en su voz, y no parecía completamente despierto.

“¡Es una mentira! Me prometieron que podía volver a ver a Prosperu y decirle que lo siento,” afirmó Biandina.

“Eso parece cruel,” comentó Dirt.

“Sí,” concurrió Biandina. “Eso es. Debería acostarme.”

Dirt observó a los otros dos y comprendió lo que ocurría. Habían sido atraídos hasta allí, llevados mucho más cerca de lo que él había pensado. Y ahora, los otros dos estaban en riesgo de caminar dormidos hacia ese círculo mágico. Eso no parecía recomendable.

Les lanzó un golpe mental severo para despertarlos. Uno lo bastante fuerte, quizás incluso doloroso. Las mentes soñolientas a su alrededor percibieron parte de ello y retrocedieron. Muchas de las ilusiones que los rodeaban desaparecieron, dejando solo nieve vacía y hierba amarilla marchita, entrelazadas con grava y piedras agrietadas.

Se dirigió directamente a la mente del sueño más cercano, enviándole una descarga de despertar similar. Ésta huyó y desapareció, y poco después, desaparecieron las demás.

Biandina y Antelmu dieron un paso atrás, con el deseo repentino de alejarse. Dirt asintió y dijo: “Vamos, ya sabemos qué era.”

Echó una última mirada al montículo gris y finalmente comprendió qué era: un enorme montón de huesos antiguos, grises y quebradizos por la exposición.

Revision #1

Created 11 June 2026 07:04:22 by Diana Prince

Updated 11 June 2026 07:04:25 by Diana Prince